

CHINA

Un balance crítico del maoísmo en la revolución

PIERRE ROUSSET

[La editorial Merlin Press va a publicar, en Gran Bretaña, un libro de Au Loong-Yu sobre la China contemporánea desde 1980 hasta hoy: China's Rise: Strength and Fragility. Le pidieron a Bruno Jetin que escribiera un capítulo sobre el lugar del nuevo capitalismo chino en la economía mundial y al autor de estas líneas que redactara otro sobre la contribución del maoísmo a la revolución y sus límites. Se trataba de algún modo de matar dos pájaros de un tiro: analizar el trasfondo histórico sin el que resultaría bastante difícil comprender los acontecimientos recientes y tratar de evaluar el papel del maoísmo chino, desde sus orígenes hasta la Revolución Cultural.]

El término “maoísmo” induce a veces a confusión. De lo que estamos hablando aquí es del Partido Comunista chino durante el largo periodo en que estuvo dirigido por un equipo constituido alrededor de Mao Zedong, pero compuesto por dirigentes que tenían trayectorias políticas distintas; un partido que no se circunscribía, ni mucho menos, a una sola fracción (“maoísta”). A escala internacional, al igual que todos los “ismos”, el término “maoísmo” no dice de los movimientos calificados de maoístas más que una cosa: la referencia a la revolución china es para ellos una cuestión central. Designa a partidos (“maoestalinista”, “maoespontaneísta”, etc.) que pueden no tener nada en común entre ellos. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con el término “trotskista”, que refleja la importancia de la referencia histórica a la Oposición de Izquierda antiestalinista, pero nada más. El antiestalinismo de ciertas organizaciones que se califican de trotskistas no les impide funcionar de manera muy burocrática o parasitaria, mientras que otros han luchado concretamente por una democracia militante, popular y socialista.

El análisis que sigue no parte por tanto de una ideología (“el” maoísmo), sino de una experiencia histórica muy compleja. Es esta experiencia la que confiere “autoridad”, más que los escritos de Mao. Volveremos sobre esta cuestión al final del trabajo. En lo esencial, el texto que sigue es conforme a la versión que se publicará en el libro de Merlin Press. No he añadido más que algunos hechos nuevos o aclaraciones, teniendo en cuenta los comentarios de Alain Castan, Samy Johsua y Au Loong-Yu, comentarios que les agradezco. Pierre Rousset]

Este libro [de Au Loong-Yu] trata fundamentalmente de la China de finales del siglo XX y de comienzos del XXI, es decir, de un régimen muy distinto de lo que fue en los años 50 y 60 del siglo pasado. La ruptura es profunda. Es difícil saber en qué medida la memoria del pasado maoísta alentará mañana la resistencia popular a las imposiciones del capitalismo chino y servirá de referencia para nuevas corrientes de izquierda. Las violentas luchas fraccionales de la Revolución Cultural (1965-1968) provocaron un verdadero traumatismo. El reinado hiperburocrático de la Banda de los Cuatro que le sucedió desbarató por mucho tiempo el discurso “revolucionario”, por resultar excesivamente engañoso.

Lo mismo sucede a escala internacional. Mao Zedong, ayer adulado por muchos, hoy es vilipendiado. El maoísmo ha creado su propia caricatura con los aspectos delirantes del culto a la personalidad y las virtudes universales atribuidas (al final de su vida) al “pensamiento Maozedong”. Más en general, es toda la experiencia de las revoluciones

del siglo XX la que suelen ignorar las nuevas generaciones militantes, como si se hubiera cerrado definitivamente un capítulo de la historia lleno de decepciones. Sin embargo, es imposible comprender el siglo presente si se olvida el trastorno causado en el siglo pasado por las guerras mundiales, las revoluciones y las contrarrevoluciones. No se puede hacer tabla rasa mentalmente de ese pasado, que encierra muchas lecciones, negativas y positivas.

La revolución china es uno de los acontecimientos más importantes que se hallan en la base del mundo contemporáneo; una revolución encarnada a los ojos de todos por la dirección maoísta y que sigue siendo, a pesar de todo, un punto de referencia para numerosos movimientos radicales actuales. En este capítulo intentamos examinar el papel del maoísmo en la revolución china, sus aportaciones y sus limitaciones, para nutrir una reflexión crítica sobre las enseñanzas de esa página de historia, tratando de ir, con este fin, más allá de los tópicos al uso.

Un contexto lleno de imprevistos

El siglo XX conoció una sucesión de imprevistos: guerras interimperialistas (1914...); revoluciones triunfantes en la periferia oriental de Europa (Rusia) y después en el tercer mundo (China...), pero no, como era de esperar, en los centros industriales de Occidente; nazismo y estalinismo; geopolítica de bloques tras la segunda guerra mundial; complejidad de la década de 1965 a 1975; implosión de la URSS y globalización neoliberal; aparición de la crisis ecológica mundial... Cada vez, los revolucionarios se han visto confrontados con la necesidad de pensar lo nuevo. Un ejercicio difícil –con resultados aleatorios y conclusiones discutibles–, pero enriquecedor. Desde este punto de vista (la pregunta por lo nuevo) echaremos una mirada retrospectiva sobre el maoísmo en la revolución china.

La salida del marxismo al mundo

Hoy es difícil imaginar hasta qué punto era iconoclasta en su época plantear la posibilidad de una revolución de naturaleza socialista en China. Existía, sin duda, el precedente de Octubre de 1917, que ya trastocó los cánones de la Segunda Internacional. Brindaba las claves para pensar la dialéctica de las luchas nacionales y sociales en un país del tercer mundo: el análisis del desarrollo desigual y combinado, la teoría de la revolución permanente... Sin embargo, Rusia era una potencia (en declive) europea. Bajo el impacto devastador de la primera guerra mundial, la actualidad de la revolución era claramente paneuropea, siendo Alemania una de las principales bazas en los años 1917 a 1923.

Es cierto que hubo un debate sobre el marxismo en su relación con “Oriente” y “Occidente”, pero el Oriente era a la sazón ¡la Rusia zarista! Más que la propia Asia en su relación con la revolución, de lo que se trataba era de las influencias “asiáticas” en el Este europeo y el imperio ruso. Atraso contra modernidad. En lo esencial, el horizonte geopolítico del movimiento socialista todavía era muy limitado y se amplió bruscamente debido a las consecuencias de la segunda guerra mundial, del impacto de la Revolución de Octubre de 1917, del comienzo de una nueva ola de luchas anticoloniales en el tercer mundo y de la derrota de la revolución alemana, consumada en 1923, que llevó a Moscú y a la Tercera Internacional a volverse hacia el Oriente extraeuropeo para evitar el aislamiento de la URSS.

En la geopolítica de la década de 1920, la cuestión china adquirió una importancia fundamental. Junto a la frontera siberiana de la URSS, el Imperio del Centro se hallaba en plena crisis: la dinastía imperial de los Qing había sido derribada por la Primera Revolución china (1911) y el Movimiento del 4 de Mayo de 1919 anunciaba una prometedora renovación progresista, un empuje de la resistencia antiimperialistas. Sin embargo, la revolución “republicana” de 1911 había planteado más preguntas sobre los nuevos “posibles” que las respuestas que dio. No se trataba más que de un tiro de advertencia, demasiado precoz y limitado para esclarecer el papel potencial de las diversas clases en liza. La naturaleza de un partido nuevo como el Guomintang (Kuomintang) –que encarnaba en la época de Sun Yat-sen la conciencia nacional– todavía estaba sumida en gran parte en la incertidumbre. ¿Hasta qué punto las lecciones de la revolución rusa eran válidas para la China de los años veinte? Tuvo que producirse la experiencia dramática de la Segunda Revolución (1925-1927) para que se aclararan los planteamientos estratégicos, claro que al precio de una contrarrevolución sangrienta.

China era una formación social diferente, fruto de otra línea de civilización, y también pertenecía a un ámbito geopolítico distinto: era otra historia. En la misma época, la Tercera Internacional se vio confrontada con la “cuestión musulmana”, debido a la existencia de las repúblicas de Asia central en el Estado soviético, cuestión que acaparó los debates del Congreso de Bakú (1920), llamado de los “Pueblos de Oriente”. El nacimiento de movimientos comunistas y, más en general, el desarrollo de las luchas antiimperialistas en Oriente –de Asia central a China– entreabrían de alguna manera una puerta de salida al mundo para el pensamiento marxista. Hasta entonces, los marxistas occidentales formados en el marco de la Segunda Internacional contemplaban el mundo, por decirlo de alguna manera, “desde arriba”. En adelante, los comunistas europeos tenían que analizar sus sociedades y el mundo desde un punto de vista no europeo, una tarea que los cogió desprevenidos en gran medida porque casi todos habían olvidado las notas de Marx sobre la pluralidad de las líneas de desarrollo históricas –que se encuentran en particular en los *Grundrisse*, los trabajos preparatorios del *Capital* y su correspondencia–, ocultadas por quienes conocían su existencia. Esta “salida al mundo” abrió un capítulo particularmente interesante en la historia del marxismo, un capítulo que todavía no se ha cerrado, ni mucho menos.

El maoísmo, ¿marxismo “sinizado”?

Nacido en Europa, heredero de una historia específica, el marxismo no podía exportarse tal cual so pena de no ser más que el patrimonio, en otros lugares, de una élite intelectual occidentalizada. Sin duda no está escrito que pudiera echar raíces en todas las sociedades, pero allí donde tenía esa posibilidad debía encontrar raíces endógenas, integrar la originalidad de las estructuras sociales, hablar un lenguaje comprensible para el pueblo y por tanto asociarse a otras herencias culturales, hallar otras “fuentes” distintas de la filosofía alemana, la economía inglesa, la historiografía francesa, las tradiciones del movimiento obrero europeo...

A menudo se califica el maoísmo de Mao de “el” marxismo sinizado. Está claro que puede pretender legítimamente haber adaptado el pensamiento marxista a la tradición china. Esta cuestión la planteó explícitamente Liu Shaoqi en la década de 1930, y desde entonces se retoma regularmente en la historiografía oficial del PCC. El propio Mao se remitía más a menudo, en sus discursos, a la historia china, a sus tradiciones culturales, a sus guerras y su pensamiento militar, a sus revueltas campesinas, etc. que a los

teóricos europeos o a la URSS. Encaja mejor en el lugar asignado al filósofo en la sociedad confuciana que en la occidental. Sin embargo, mucho cuidado con identificar sinización y maoización. El maoísmo representa una de las facetas del marxismo “sinizado”, pero no la única. No existe “un” marxismo chino, como tampoco existe “un” marxismo occidental, encarnado por una determinada corriente política. La “sinización” del marxismo fue una obra colectiva (desarrollada de forma más o menos consciente) en la misma medida que la izquierda revolucionaria china era originariamente pluralista. En el siglo XIX y a comienzos del siglo XX, y de formas muy diversas, el anarquismo tenía influencia en Asia oriental. La relación entre tradición y modernidad fue tema de apasionado debate en el Movimiento del 4 de Mayo, caldo de cultivo intelectual. El propio Partido Comunista, fundado en 1921 por personalidades fuertes, no era ni mucho menos monolítico. Li Dazao, Chen Duxiu y muchos otros impulsaron, cada uno a su manera, el doble movimiento de apertura china al pensamiento occidental y de retranscripción del marxismo en China, todo ello mucho antes de que naciera el maoísmo.

Dado el papel que desempeñaron los enviados de Moscú en la definición de las orientaciones políticas del joven PCC, los dirigentes comunistas supervivientes sintieron profundamente la necesidad de liberarse de la tutela soviética tras la derrota sufrida en 1927. Algunos, como Chen Duxiu, se reconocieron en las tesis antiestalinianas de la oposición de izquierda internacional en el seno de la Internacional Comunista. Otros, como Mao, se preguntaron cómo salvaguardar las fuerzas militares revolucionarias reagrupadas, tras el desastre, en algunas bases territoriales rojas. ¿Cómo volver a empezar? El maoísmo se formó entre finales de la década de 1920 y mediados de la de 1930 en torno a la respuesta a esta pregunta. Lo hace cuando la nueva ortodoxia estaliniana ahoga todo debate teórico en el seno de la Internacional. La tesis según la cual la humanidad entera solo podía conocer una única línea histórica de desarrollo, una sucesión única de modos de producción, se imponía como un dogma intocable. De hecho, incluso en Occidente la reflexión sobre la pluralidad de la historia no se reavivó hasta la década de 1950 y, sobre todo, de 1960, con la difusión de trabajos hasta entonces en gran parte desconocidos de Marx. En estas condiciones era imposible abrir una verdadera discusión sobre la originalidad de la sociedad china en comparación con Europa.

El proceso de “sinización” del marxismo por el PCC es doblemente tributario de un legado reciente –el de la Segunda Internacional– y del triunfo del estalinismo en la URSS. La especificidad de las formaciones sociales en China no se ha clarificado teóricamente. Los conceptos europeos –por ejemplo, el feudalismo– han sido traducidos simplemente con términos preexistentes que remiten a la China imperial. No se ha explicitado la diferencia entre estas nociones, y las consecuencias de este estado de cosas han sido profundas y todavía se sienten: en vez de analizar la originalidad de sus sociedades, la mayoría de corrientes maoístas se contentaron con calificarlas, uniformemente, de “semicoloniales, semif feudales”. El “semi” no hace otra cosa, en el mejor de los casos, que localizar una cuestión sin darle respuesta, y minimiza las implicaciones de la dominación capitalista.

La política oficial de “sinización” del marxismo en el PCC se aplicó cuando el pluralismo de la izquierda china se había reducido bajo los golpes de la represión contrarrevolucionaria desatada por el Guomindang y después por las tropas de ocupación japonesas, y tras la estalinización de la Internacional Comunista. Se combinó

además con la formulación inicial del culto a la personalidad de Mao. El universalismo abstracto del dogma estalinista en la URSS servía para reforzar el culto a Stalin y la autoridad del centro moscovita a escala internacional. La sinización del marxismo legitimaba un contraculto y permitía a la dirección maoísta marginar más fácilmente a las fracciones que competían en el seno del PCC, incluida la de Wang Ming, que se reclamaba de Stalin. Treinta años después, en la época del conflicto chino-soviético, el culto a Mao también adquirió una dimensión internacional. El maoísmo oficial, a su vez, se convirtió en un dogma y un producto ideológico de exportación, vaciando de contenido el tema de la sinización del marxismo. No obstante, no por ello la cuestión sustancial ha dejado de tener sentido: al internacionalizarse, el marxismo adopta formas regionales y nacionales por poco que arraigue efectivamente en una diversidad de sociedades.

Un pensamiento estratégico creativo

La Segunda Revolución china (1925-1927) fue impulsada por grandes movilizaciones sociales: huelgas obreras, luchas populares en las ciudades, levantamientos campesinos, estructuras de autodefensa (milicias...). Pero también se caracterizó por el enfrentamiento entre ejércitos constituidos: del Guomindang, de los Señores de la guerra... Cuando el Guomindang de Chang Kai-Chek se volvió contra sus aliados comunistas y el movimiento popular, sectores del ejército se rebelaron y se unieron a las bases rojas, últimos bastiones territoriales del PCC. La “lucha armada” se planteó en China de formas muy diferentes de lo que suele designar esta expresión. No se trata del desarrollo progresivo de pequeñas unidades guerrilleras. Los soldados se contaban por millones en China y el Ejército Rojo, creado en respuesta a la contrarrevolución de 1927, agrupaba al principio unos 300.000 hombres de tropa, dirigidos por comisarios políticos, aunque también por oficiales formados en las academias militares.

¿Cómo volver a empezar, después de las derrotas sucesivas de 1927-1935? La respuesta contenía forzosamente una dimensión militar: salvar a las fuerzas de la revolución, rodeadas y a punto de ser aniquiladas por ejércitos diez veces más fuertes en número y en armamento. Esta situación alimentó, a mediados de la década de 1930, un complejo debate militar en la dirección del PCC y sirvió de crisol del maoísmo. Mao, en efecto, no se contentó con buscar una respuesta coyuntural a la situación, sino que extrajo lecciones de la experiencia de la Segunda Revolución para elaborar una nueva estrategia.

Un pensamiento político de la actividad militar. La dirección maoísta no inventó la guerrilla. Pudo apoyarse en debates marxistas anteriores en la materia y en la experiencia rusa. Sobre todo, se benefició de una larga historia nacional de guerras campesinas y de un rico pensamiento chino en el ámbito militar, pero actualizándolo e integrándolo en una perspectiva de conjunto, relacionando estrechamente las raíces populares de la lucha armada, los factores sociales (aspiraciones campesinas...) y las cuestiones políticas (como la cuestión nacional en la época de la invasión japonesa). El Ejército Rojo estuvo a punto de ser liquidado, pero Mao supo constituir, durante la Larga Marcha, un equipo de dirección con cuadros dirigentes de alto nivel, procedentes de diversas fracciones del PCC. Esta dirección dará forma progresivamente a una concepción innovadora de la guerra revolucionaria prolongada, cuando la guerra civil (combinada o no con una guerra de defensa nacional) precede de lejos a la conquista del poder, pero conduce a ella. No se reduce a meras modalidades operativas (movilidad y

flexibilidad, concentración y dispersión de las fuerzas, tácticas de guerrilla...), por muy importante que sea el genio militar. Para que se prolongue en el tiempo, debe concebirse efectivamente como una “guerra del pueblo”. En el contexto de entonces, la noción de guerra popular plantea inmediatamente la cuestión campesina.

La cuestión campesina. La originalidad del maoísmo no radica en haber reconocido la importancia de la cuestión agraria y del campesinado –esto ya se había hecho en Rusia– sino en haber sido capaz de organizarla directamente, de arraigarse en el mundo rural, de no solo aliarse con los movimientos campesinos, sino de haberlos dirigido. No fue la última vez que un partido comunista lo intentaba con éxito, pero sí la primera, y ¡qué primicia! Uno de los aspectos más interesantes de la experiencia china es que se desarrolla de norte a sur, atravesando regiones de estructura agraria muy diferenciada en que, por ejemplo, la condición de “campesino rico” refleja situaciones muy distintas. Muestra cómo las tradiciones colectivas de solidaridad en el interior de las aldeas –que pueden ser muy grandes en China– frente a los enemigos exteriores (militares, recaudadores de impuestos, bandidos...) pueden frenar el desarrollo de las luchas de clases en las comunidades campesinas y alimentar la desconfianza hacia el “extranjero”, aunque sea militante del partido comunista. Muestra hasta qué punto la elaboración y aplicación de un programa de reforma agraria son esenciales, pero desde luego nada sencillas. Probablemente, esto no es menos cierto hoy que antaño.

La revolución maoísta permitió asimismo pensar el papel del campesinado a largo plazo y no ya como un aliado muy temporal, movilizado únicamente contra el orden antiguo. El mundo ha cambiado mucho desde entonces; el peso demográfico del campesinado se ha reducido notablemente. Sin embargo, en momentos de crisis alimentaria y ecológica, la importancia política del campesinado para todo proyecto de transformación social es de calibre. En efecto, la agricultura campesina se erige en alternativa a la agroindustria capitalista que impone su dominación tanto a los consumidores como a los productores, que expropia a poblaciones enteras y destruye los tejidos sociales y el medio ambiente. El combate emprendido actualmente por la soberanía alimentaria se inscribe así en una defensa global de los derechos fundamentales: democráticos, sociales y ambientales.

La guerra revolucionaria prolongada. Con la noción de guerra revolucionaria prolongada, la dirección maoísta abrió un capítulo nuevo en el pensamiento estratégico marxista. No es el menor de sus méritos, aunque al principio creyó que las características de China eran tan particulares que no se planteaba la posibilidad de que esta “vía” pudiera emprenderse en otros lugares. Contaba, en efecto, con la inmensidad del país, que ofrecía a sus fuerzas un vasto campo de maniobra; con la envergadura de su población, que le permitía concentrar en todas partes un gran número de combatientes; con la existencia de bases rojas que constituían una forma original y duradera de doble poder territorial; con la rivalidad interimperialista en un país que todavía no había sido colonizado por una potencia extranjera y con la fragmentación del Estado tras la caída de la dinastía Qing, lo que le evitaba hacer frente a una fuerza enemiga compacta...

No obstante, después de la segunda guerra mundial la guerra popular prolongada encontró numerosas aplicaciones en Asia y América Latina, en el mundo árabe y en África negra. Nutrió un pensamiento estratégico que fue innovándose (en particular con la experiencia vietnamita). Todavía hoy, en países como India, Nepal, Filipinas o Colombia, la lucha armada sigue siendo una realidad palpable que suscita no pocos

debates en el seno del movimiento revolucionario. El pensamiento político-militar desarrollado a partir (y más allá) de la experiencia maoísta no es cosa de un pasado remoto.

Cuestión nacional, alianzas y frente único. La cuestión nacional estaba en el meollo de la crisis china. Las potencias imperialistas reforzaban su dominio sobre el país, que estaba a punto de desmembrarse en zonas de influencia japonesa y occidental. La invasión por parte de Japón en 1937 pretendía convertir China en su colonia exclusiva. ¿Qué fuerzas podían asegurar en estas condiciones la independencia y la unidad de la nación? ¿La burguesía comerciante e industrial? En China existía esta burguesía en mayor medida que en la mayoría de países del tercer mundo de entonces. La revolución china se convirtió de este modo en un gran laboratorio histórico sobre las relaciones entre el combate antiimperialista y las dinámicas sociales. Las prioridades de la burguesía china quedaron definidas a partir de 1926-1927, y el levantamiento antiimperialista, a sus ojos, abría peligrosamente la vía a movimientos populares que ella no podía controlar. La contrarrevolución pasó a ser su prioridad, incluso si implicaba renunciar de momento a la lucha por la reunificación nacional y a contentarse temporalmente con el dominio de los señores de la guerra.

Una década más tarde, ante la invasión japonesa, la burguesía china se dividió entre la resistencia y la colaboración. Al estallar la segunda guerra mundial, el Guomindang de Chang Kai-Chek apostó por la derrota de Japón frente a EE UU. Basándose en la inmensidad del espacio territorial chino, trató de frenar el avance de los ejércitos nipones, pero cediendo terreno para ganar tiempo a la espera de la victoria de EE UU en el teatro de operaciones del Pacífico. De este modo preservaba sus fuerzas para poder hacer frente, llegado el momento, al Partido Comunista. La política de Chang Kai-Chek habría dado resultado si enfrente no hubiera estado la dirección maoísta. Esta puso en práctica los principios de la guerra popular, incluso enviando unidades del Ejército Rojo a operar en las zonas ocupadas, en la retaguardia del enemigo. En vez de ceder terreno, el PCC amplió su campo de acción. Esta orientación resultó ser triplemente eficaz: desde el punto de vista militar, social (al implantarse en nuevas regiones) y político (al aparecer como el mejor defensor de la nación en tiempos de tribulación).

La lección de la historia de la revolución china, sin embargo, no se limita a esto. Entre el comienzo de la Segunda Revolución y la victoria de la Tercera hubo varios procesos históricos que exigieron importantes cambios de orientación. La cuestión del frente único político entre el Partido Comunista y el Guomindang es un ejemplo ilustrativo. El jovencísimo PCC se desarrolló rápidamente cuando entró en el partido de Sun Yat-sen (una política denominada de “frente único del interior”), pero, bajo presiones de Moscú, no recuperó su independencia organizativa cuando Chang Kai-Chek, tras la muerte de Sun, se aprestaba a aplastar al movimiento obrero en el instante en que la guerra nacionalista dejó sitio a una guerra civil pura. Así, el Guomindang se convirtió repentinamente de aliado en principal adversario, y siguió siéndolo durante un decenio.

La invasión japonesa volvió a plantear la cuestión del frente único entre el PCC y el Guomindang ante la fuerza de la aspiración del pueblo a la unidad en defensa de la nación. Sin embargo, los dos protagonistas sabían que bajo la manta de la unidad nacional se incubaba la guerra civil, dando lugar en ocasiones a sangrientas batallas entre los ejércitos de Chang Kai-Chek y los rojos. Así, la derrota de Japón en 1945 abría la vía a la reanudación de la guerra civil, que ganó el Partido Comunista en tres años

(1946-1949). Si se deja de lado el análisis concreto de las secuencias de la revolución china y de las políticas aplicadas realmente, el legado maoísta en materia de alianzas puede parecer muy ambiguo. La dirección del PCC, en efecto, formuló a menudo sus orientaciones desde el punto de vista “táctico” y a veces directamente con ánimo engañoso. Así, en nombre del frente único antijaponés cantó las alabanzas de Chang Kai-Chek, el verdugo de los trabajadores, sin creerse ni una palabra. Anunció la integración de sus fuerzas militares en el ejército del Guomindang, pero evidentemente sin mover ni un dedo para hacerlo. Las organizaciones maoístas pueden ampararse en tales declaraciones para justificar políticas de alianzas oportunistas, identificando el frente único con un “bloque de cuatro clases”, donde ellas se encuentran subordinadas a las fuerzas que se considera representativas de la “burguesía nacional”.

Sin embargo, en el fondo la concepción del frente único de la dirección china era a la vez más interesante y más sectaria. Más interesante porque articulaba la construcción a largo plazo del bloque social capaz de sostener el combate revolucionario (las clases populares), la ampliación de este bloque a fuerzas intermedias (estudiantes, intelectuales, pequeña burguesía empobrecida...) y una táctica encaminada a dividir a las filas enemigas (aspecto original desconocido en otras tradiciones políticas). Y más sectaria porque en el centro de esta política de alianzas se halla el PCC y nadie más. En la concepción de un frente único a base de círculos concéntricos, el esquema no muestra más que un único núcleo. No permite plantear la cooperación entre varias organizaciones políticas revolucionarias y progresistas. Sin embargo, el pluralismo – incluso en el seno del movimiento revolucionario– vuelve a ser lo que era antes del estalinismo: la regla y no la excepción. De hecho, la mayoría de los movimientos maoístas implicados en la lucha armada han sido más sectarios que oportunistas. Dicho esto, la honestidad obliga a señalar que estos maoístas no son los únicos que han tenido dificultades para admitirlo: hay en este terreno –lo que es normal a la vista de la complejidad de la experiencia histórica– una pluralidad de corrientes revolucionarias. La cuestión de sus relaciones y su unidad está sobre el tapete.

El modelo y su traición. Lo que resulta paradójico es que después de haber insistido en las particularidades nacionales de la vía china, la dirección maoísta erigiera su “guerra popular” en nueva ortodoxia. Ahora bien, toda nueva experiencia importante es necesariamente original (y por tanto heterodoxa), y todo intento de constituir una ortodoxia sobre la base de esta experiencia conduce a travestir su verdad histórica, a ocultar sus verdaderas enseñanzas. Bien es cierto que tras la fachada de la ortodoxia, los movimientos maoístas han podido “adaptar” su orientación para responder mejor a las condiciones de su país y del periodo, pero dicha orientación se convirtió en un verdadero corsé estratégico. La guerra popular prolongada debía impulsarse en todos los países “semifeudales, semicoloniales” (en suma, el tercer mundo). Se consideraba que la cuestión de la crisis revolucionaria como “momento favorable” (expresión vietnamita) no se planteaba en estas sociedades, que de alguna manera se hallaban permanentemente en una situación así. La lucha armada pasó a ser en todo momento la forma de lucha principal, a la que debían subordinarse los demás terrenos de movilización (social, democrática...). Espacio privilegiado de acumulación progresiva de fuerzas militares, el campo debía por tanto rodear las ciudades. El combate debía pasar entonces por tres etapas: defensiva, equilibrio de fuerzas, contraofensiva estratégica.

Con este rígido esquema de lectura, caracterizado por el gradualismo militar, resulta imposible comprender la historia de la revolución china y del Ejército Rojo, que nació y se masificó con motivo de una amplia crisis revolucionaria y en respuesta a la contrarrevolución. Igualmente imposible es inferir las implicaciones de un cambio brusco de la situación que pone patas arriba el marco estratégico –como en 1937 con la invasión japonesa– y su puesta en práctica, por ejemplo, en caso de reactivación de una política de frente único con el Guomindang. Imposible percibir la importancia de un “momento favorable” que exige una aceleración brutal de los ritmos del combate, como en 1945 cuando, terminada la Segunda Guerra Mundial, comienza una carrera de velocidad entre el PCC y el Guomindang por aprovechar la derrota del ocupante nipón. Imposible, finalmente, asimilar las enseñanzas de otras grandes experiencias revolucionarias (Vietnam, Cuba, Argelia, Nicaragua...), todas ellas marcadas con el sello de la originalidad. La revolución china y las elaboraciones de la dirección maoísta han aportado mucho al desarrollo del pensamiento estratégico marxista, pero al codificar a posteriori, como hizo, los “principios” de la guerra popular, el PCC dificultó enormemente la transmisión de las enseñanzas de su propia experiencia.

El Partido Comunista Chino

¿Qué partido conquista el poder del Estado en 1949? El análisis del PCC ha sido objeto de muchos debates, especialmente en el seno del movimiento trotskista internacional. Un debate a menudo confuso, aunque solo fuera por el hecho de que los protagonistas no daban al calificativo de “estalinista” el mismo alcance: para unos suponía una sumisión efectiva de los imperativos de la burocracia soviética, mientras que para otros tenía un sentido más bien ideológico. Más en general, la experiencia china demostró hasta qué punto el análisis de los partidos no es sencillo, en particular en los periodos de transición y revolucionarios. La trayectoria del Partido Comunista ha desmentido, en efecto, muchos pronósticos y conclusiones perentorias.

Se pensaba que el PCC se convertiría en un instrumento dócil de Moscú tras el desarraigo social provocado por la derrota de 1927; sin embargo, a costa de intensas luchas fraccionales internas, la dirección maoísta conservó su capacidad de decisión autónoma, sin por ello romper con Stalin. De hecho, el proceso de estalinización de la Internacional Comunista –de subordinación de sus secciones nacionales– chocó en ciertos países con fuertes resistencias: no solo en China, sino también en Yugoslavia, Vietnam, etc. Derrotado en los centros urbanos, inmerso por muchos años en la inmensidad del mundo rural, el PCC tenía que convertirse por fuerza en un partido campesino. Sin embargo, obtenida la victoria en 1949, no tuvo problemas para volver a centrarse en las ciudades. Asimismo, encuadrado en la resistencia armada, tenía que acabar sometido a la batuta de los militares; no obstante, hasta el final —por retomar la célebre fórmula de Mao— la política mandó sobre el fusil y el Buró Político sobre el Estado Mayor, cualquiera que fuera el peso en su seno de los mandos del Ejército Rojo.

¿Cómo iba a ser sencillo el análisis de un partido como el PCC? Es uno de los primogénitos del comunismo en el “tercer mundo”, ingresa en la Tercera Internacional de antes de Stalin, se ve inmerso de inmediato en la tormenta revolucionaria de mediados de la década de 1920, experimenta en carne propia las implicaciones del ascenso del estalinismo en la URSS, sufre la violencia de la contrarrevolución en China, modifica radicalmente su implantación geográfica y social, pasa de una guerra a otra (civil, de defensa nacional, mundial y de nuevo civil), pasa a controlar zonas liberadas

de varios cientos de millones de habitantes antes de conquistar el poder en el país (demográficamente) más grande del mundo. Contaba con una cincuentena de miembros cuando se fundó y nada menos que 4.500.000 cuando celebró la victoria tres décadas más tarde.

Ninguna etiqueta podría reflejar la complejidad de este partido. “Estalinista” o “antiestalinista”, “obrero” o “campesino”, “autoritario” o “emancipador”... ¿y si fuera las dos cosas al mismo tiempo? Lo importante es reconocer el papel desempeñado por el PCC en un combate revolucionario sumamente difícil, aunque también discernir sus contradicciones internas y su posible evolución. Ninguna definición abstracta puede reemplazar un análisis histórico concreto y dinámico. Digamos que en 1949 el PCC era al mismo tiempo el partido de una gran revolución nacional y social victoriosa –de ahí su profundo arraigo en la población– y el nuevo partido-Estado en cuyo seno las élites dirigentes se constituirán en burocracia, se autonomizarán. Se convertirá, aunque al precio de crisis convulsivas, en el partido de la contrarrevolución burocrática, antes de pasar a ser el partido que pilotará la (re)constitución del capitalismo chino.

¿Vía maoísta al socialismo?

Proclamada la República Popular, el nuevo régimen gozaba de un gran prestigio político. Había que proceder a la reconstrucción, pero el estallido de la guerra de Corea (1950-1953) no le dejó ningún respiro. No propició esta guerra, pero tuvo que enviar en masa a sus fuerzas armadas a la península para enfrentarse y después hacer retroceder hasta el paralelo 38 a las tropas estadounidenses. Fue una victoria más, aunque ganada a un precio muy elevado: las bajas chinas sumaron 800.000 muertos o heridos. En la propia China, en el contexto de la guerra de Corea, la represión de los “contrarrevolucionarios” se endureció. La dominación de los terratenientes y de la pequeña nobleza en el mundo rural estaba quebrada, al igual que la de la burguesía en el mundo urbano. El Estado del Guomindang se había desintegrado y sus ejércitos derrotados se replegaron a Taiwán. Quedaban burgueses y notables, desde luego, algunos de los cuales suscribieron acuerdos temporales con el PCC, sobre todo a escala local. Pero las clases que regían China dejaron de existir como fuerza social cohesionada.

El régimen no se contentó con reclamarse del pueblo: a partir de 1950, la ley de reforma agraria cambió las relaciones de fuerzas en el mundo rural; la ley sobre el matrimonio transformó radicalmente la condición jurídica de las mujeres. Y con el desarrollo de la industria estatal nació una nueva clase obrera, que vivía precariamente, pero contaba con importantes protecciones sociales: empleo asegurado de por vida, vivienda garantizada por la empresa, asistencia sanitaria, posibilidad de contratación de los hijos... Ser trabajador asalariado de una empresa pública se convirtió en una situación codiciada. El acceso a la universidad se abrió a las clases populares. La ideología confuciana, patriarcal y conservadora, se batía en retirada... El régimen se estructuró a escala nacional en torno a tres pilares: el ejército (que intervenía en la producción), la administración del partido y los servicios de seguridad. Instalado en el corazón del Estado, el PCC monopolizaba el poder político. En este país gigantesco, sin embargo, el conjunto revestía una gran complejidad, y la puesta en práctica de las orientaciones políticas podía variar significativamente en función de las relaciones de fuerzas regionales y locales, inclusive entre fracciones comunistas.

La dirección maoísta no tenía una concepción propia de la transición. Se guiaba por el modelo estalinista –prioridad a la industria pesada...–, pero sin querer repetir el desastre de la política agrícola impulsada por Stalin. Frente al imperialismo, se consideraba parte integrante del “campo socialista”, pero no había olvidado los dictados, abandonos y promesas incumplidas de Moscú. Las relaciones entre la URSS y China estaban cargadas de desconfianza mutua; los gérmenes del conflicto chino-soviético de la década de 1960 ya se estaban incubando. ¿En qué podía consistir una “vía china” al socialismo? La dirección del PCC se vio confrontada con esta cuestión a mediados de la década de 1950. Stalin había muerto (1953); en Europa del Este estallaban crisis violentas (Alemania Oriental, Hungría, Polonia...); el “informe secreto” de Nikita Jrushchov al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (1956) –donde denunció los crímenes de Stalin– originó una onda de choque. En la propia China, las primeras medidas adoptadas chocaban con sus limitaciones y surgían nuevas tensiones sociales.

Mao era un pensador de la contradicción: si hay una cosa eterna y universal, sin duda es la existencia de contradicciones. Su concepción de la historia y su visión de la transición eran muy distintas de las de la ideología estaliniana o de la actual dirección china que entona el canto de la “sociedad armoniosa”. Para Mao, la construcción socialista era y seguiría siendo un proceso de lucha de clases. Las contradicciones internas de la República Popular eran a su juicio la principal herramienta de transformación social. Este punto de vista no inducía necesariamente una política “izquierdista” y de hecho el propio Mao consideraba a mediados de la década de 1950 que había llegado la hora de dejar atrás el periodo de “ajuste de cuentas” con la contrarrevolución que siguió a la conquista del poder. Distinguía entre las “contradicciones en el seno del pueblo”, consideradas “no antagónicas”, y las contradicciones “antagónicas” con los contrarrevolucionarios. Pretendiendo emanciparse del modelo estalinista, trataba de definir una política de desarrollo equilibrada que no sometiera a la población a presiones excesivas. Algunos de sus textos más importantes expresaban estas preocupaciones, como el discurso del 25 de abril de 1956, pronunciado en una reunión ampliada del Buró Político del PCC y titulado “*Sobre las Diez Grandes Relaciones*” o “*De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo*” (febrero de 1957). Se apoyaba en las movilizaciones sociales –sin duda controladas por el partido, pero ajenas al mismo–, para hacer retroceder al conservadurismo del aparato y contrarrestar las rigideces del régimen (y reforzando al mismo tiempo su propia influencia en la dirección).

Sin embargo, cada vez que la dirección china ha intentado poner en práctica esta orientación, las cosas no han sucedido tal como estaba previsto. La liberalización política y cultural de las Cien Flores (1957) abrió la vía a un torrente de críticas a los miembros del partido y los privilegios de los dirigentes. Una fuerte represión puso fin al desbordamiento. En plena efervescencia, el PCC lanzó el Gran Salto Adelante, que debía asegurar el desarrollo de la industria y las infraestructuras en el mundo rural, además de un aumento de la producción y la implantación de servicios sociales en las grandes cooperativas. Al final, los objetivos fijados para el Gran Salto resultaron tan irracionalmente ambiciosos que la operación provocó en 1959-1961 una crisis económica importante (agravada por dificultades meteorológicas), con la ruptura de comunicaciones entre regiones, carestía y hambrunas que causaron millones de víctimas.

Los textos de Mao de esa época contienen indicaciones interesantes sobre sus intenciones. También muestran los límites de su pragmatismo y de su voluntarismo. No tiene gran cosa que decir sobre la clase obrera (en el equipo de dirección maoísta, esto compete a Liu Shaoqi). A la economía (competencia de Chen Yun) –y en particular a la economía de una sociedad en transición– le dedica un comentario fundamentalmente político. No ha asimilado los debates marxistas de fondo, suscitados a escala internacional por la experiencia soviética y en particular en la URSS antes de la estalinización, debates en los que participaron Bujarin, Preobrashenski, Lenin, Trotski y muchos otros.

El PCC se identificó con un horizonte socialista mundial, durante un tiempo encarnado en la Internacional Comunista. Hizo suyo el vínculo dialéctico entre liberación nacional y revolución social. Sin embargo, debido a la estalinización, la Internacional Comunista había dejado de ser un marco de colectivización internacionalista. Mientras que al principio muchos dirigentes chinos se mostraron al mundo (en Francia, en Rusia...), el movimiento maoísta acabó replegándose en su propio territorio. Profundamente arraigado en la sociedad china, se convirtió en lo que se podría llamar (¿a falta de un término mejor?) “comunismo nacional”, a imagen y semejanza de los partidos comunistas vietnamita o yugoslavo. En cierto modo, Mao personificó este proceso: no hablaba ninguna lengua extranjera (por mucho que en su juventud devorara las traducciones de libros y artículos extranjeros); nunca viajó fuera de China, salvo en una ocasión tras la proclamación de la República Popular, para reunirse con Stalin en Moscú. Fue Zhou Enlai quien dominaba la vertiente diplomática, haciendo del Gobierno chino uno de los principales motores del Movimiento de los No Alineados (constituido en la conferencia de Bandung en 1955).

En la década de 1960 se agudizaron las tensiones chino-soviéticas después de que Moscú firmara con Londres y Washington un tratado sobre los ensayos nucleares del que quedó excluida China. Al agravarse de nuevo las tensiones sociales en el país, el equipo maoísta histórico se dividió profundamente. En 1965-1966, las luchas entre fracciones desbordaron los límites del aparato del partido. Mao movilizó a los Guardias Rojos y sus rivales también apelaron a la calle. Durante la mal llamada “Revolución Cultural” se expresaron profundas aspiraciones sociales, democráticas e igualitarias. Sectores enteros de la juventud gozaron de una amplísima libertad de acción, sacudiendo el país entero. Sin embargo, al final se instaló el caos, con movimientos “revolucionarios” que se combatían y organizaciones de Guardias Rojos que cometían terribles abusos. El partido y la administración se desintegraban, hasta el punto de que tardaron años en reconstruirse. Únicamente el ejército permaneció unido, de modo que Mao recurrió a él para restablecer el orden, reprimiendo a los jóvenes y obreros radicales que habían respondido a su llamamiento a “poner fuego al cuartel general” (la dirección del PCC).

La elaboración de una “vía china” al socialismo se malogró. El maoísmo histórico se perdió en las convulsiones de las luchas fraccionales. Sumidos en la confusión, los movimientos sociales y políticos con potencial emancipador se vieron en un callejón sin salida. En estas condiciones, la Revolución cultural desembocó en una dictadura burocrática particularmente dura bajo la férula de la Banda de los Cuatro, cuyo mascarón de proa era Jiang Qing, la esposa de Mao. En el plano internacional, la normalización de las relaciones con EE UU dio pie al viaje del presidente Nixon a Pekín

(1972). Así, la toma del poder por el “Grupo de Shanghai” no supuso realmente un giro a la “izquierda”.

De la revolución

El maoísmo senil no nos ofrece más que “lecciones negativas”: la lucha de clases se identifica con la represión burocrática; la lógica unilateral del “enemigo principal” (a la sazón, la URSS) se aplica a rajatabla, cayendo en el oportunismo de la alianza con el imperialismo estadounidense. Sin embargo, este lamentable final no debe ocultar la riqueza de la experiencia revolucionaria china. Además de los aspectos abordados más arriba, veamos las cuestiones siguientes.

Los componentes sociales del proceso revolucionario. Con respecto a la Segunda Revolución china, a menudo la atención se ha centrado en las grandes concentraciones obreras y, con respecto a la Tercera, en el campesinado (véase más arriba). Los componentes de la revolución eran evidentemente mucho más heterogéneos, pues incluían a intelectuales y estudiantes, a la población marginal (culis, temporeros, vagabundos...), a soldados, etc. Es digno de reseñar que este carácter heterogéneo se reflejó incluso en el origen social de los miembros de la dirección central maoísta. Algunos, nacidos en la élite, eran “traidores a su clase” de origen, por retomar una fórmula de Zhou Enlai; otros provenían de un amplio abanico de sectores populares... Chen Yi, hijo de un juez, trabajó en Francia (1919) de estibador, pinche de cocina y después obrero en Michelin. Chen Yun era de familia obrera. Deng Xiaoping provenía de una familia de terratenientes. El padre de Liu Shaoqi era maestro de escuela y el de Liu Bocheng (llamado el “Dragon tuerto”) fue músico ambulante. Lin Biao nació en una familia de la pequeña burguesía rural y Peng Dehuai en una de campesinos más bien pobres, que abandonó a la edad de once años para dedicarse a vagabundear, “desarraigado”, viviendo de ocasionales trabajillos. Mao Zedong había nacido en una familia de campesinos acomodados y Zhou Enlai en una familia de notables del medio “mandarín”. En cuanto a Zhu De, tuvo su origen en una familia de campesinos arruinados.

Los sectores marginados desempeñaron un papel importante en el curso de la revolución china, incluso después de 1949, con las luchas de los trabajadores sin estatuto durante la Revolución Cultural... y todavía hoy con los “migrantes del interior”, obreros indocumentados que se han trasladado ilegalmente a los centros urbanos e industriales.

Las luchas de las mujeres. Las dirigentes femeninas del PCC también eran de origen heterogéneo. Chen Shaomin, de familia pobre, había sido obrera en un taller de encajes. Deng Yinchao era hija de un juez. Ding Ling venía de una familia de ricos propietarios y Kang Keqing de una modesta familia de pescadores que tuvo que abandonarla (adoptada por campesinos también pobres que la pusieron a trabajar desde pequeña en el campo). Xiang Jingyu, en cambio, había nacido en el seno de una familia muy acomodada y de talante moderno. Yang Zhihua provenía de una familia de comerciantes de seda y propietarios de tierras.

La dirección china (y sobre todo Mao) estuvo muy influida por el movimiento de rebelión contra el pensamiento confuciano, movimiento que preconizaba la emancipación de las mujeres y estaba muy implantado en los ambientes progresistas de las regiones costeras en la década de 1920. Tras la Larga Marcha, el PCC fue a parar, en

cambio, a regiones campesinas del interior, mucho más conservadoras, y su ideología se resintió. Durante la lucha revolucionaria, las campesinas se organizaron como tales en numerosos lugares, tanto de cara al esfuerzo de guerra como para defenderse de los maridos violentos. Es especialmente significativo que las dos primeras grandes leyes emblemáticas que adoptó la joven República Popular mejoraron la posición de las mujeres. Es el caso, por supuesto, de la ley sobre el matrimonio, que equiparó los derechos generales de los cónyuges, pero también el de la ley de reforma agraria, que les permitía acceder a la propiedad de la tierra. Cuando se relanzó el “espíritu de la Comuna de París” a comienzos del Gran Salto Adelante, el desarrollo de los servicios colectivos en las poblaciones rurales estaba destinado (entre otras cosas) a mejorar la condición femenina... La Federación Democrática de Mujeres contaba con 20 millones de afiliadas en 1949 y 76 millones en 1956.

Sin embargo, a pesar de los importantes avances, las mujeres no llegaron a romper duraderamente el “techo de cristal” de la dominación masculina. En 1957, aunque de composición bastante joven (un cuarto de sus miembros tenía menos de 25 años de edad), el PCC solo tenía un 10 % de mujeres. A mayor nivel jerárquico en el ejercicio del poder, menos mujeres había. Por supuesto, la dificultad para romper ese “techo de cristal” no solo se daba en China, donde, como en todas partes, existía la necesidad de impulsar un movimiento autónomo de las mujeres.

En los límites de las concepciones maoístas del poder popular. En el transcurso de los años 50, la cuestión de la autonomía de las organizaciones de masas (en particular de los sindicatos) se planteó hasta en las más altas esferas del partido. La respuesta siempre fue negativa. No al movimiento autónomo de las mujeres (la Liga está dirigida por el PCC), no a la independencia sindical. Para muchos autores, en China no estaban reunidas las condiciones socioeconómicas y culturales de una democracia socialista, popular. No podemos rechazar este argumento de un plumazo, pero la lección de lo ocurrido en China nos dice que el modelo maoísta no ha funcionado, por mucho que el propio Mao hubiera declarado que combatía contra el (re)nacimiento de una “burguesía roja”, alimentada por el “burocratismo”, el conservadurismo del aparato, los privilegios. Más exactamente, lo que funcionó en tiempos de guerra y revolución dejó de hacerlo en tiempos de paz.

En el modelo maoísta, el dirigente que está “a la escucha de las masas” debe tomar nota de sus quejas y transmitir las a las direcciones superiores. La “correa de transmisión” de las organizaciones sociales debe funcionar en los dos sentidos: asegurar la aplicación de las decisiones del partido, pero dar a conocer también a este el estado de ánimo de la población. Esta “correa de transmisión” no ha funcionado, en definitiva, más que en un único sentido, con lo que el poder se quedó ciego. El arrebató del Gran Salto demostró el coste de ello: se franquearon numerosos puntos de ruptura económicos y sociales antes de que el Buró Político se diera cuenta de que el país se precipitaba a la catástrofe y comenzara a rectificar una orientación excesivamente “maximalista”. Mao pudo subrayar la legitimidad del desacuerdo (“contradicción en el seno del pueblo”), pero el reconocimiento de las libertades siempre ha sido una cuestión de juicio político, de oportunidad, y por tanto susceptible de ser revocado de un día para otro por el partido, como sucedió efectivamente en el momento de las Cien Flores. El estado de excepción de los tiempos de guerra se mantiene *sine die* después de la victoria; las libertades no se convierten en un derecho, diga lo que diga la Constitución. Lo político sigue ocupando todo el espacio de lo jurídico. En estas condiciones se entiende que la democracia

socialista y el pluralismo se hubieran convertido en exigencias centrales del movimiento democrático de comienzos de la década de 1980.

Lo que demuestra la experiencia china es que la democracia “socialista” o “popular” es una necesidad y no un lujo. Es una necesidad funcional y no únicamente un ideal. ¿Cómo materializarse en un país como China desde la década de 1950? La respuesta, sin duda, no es sencilla, pero esta cuestión hay que plantearla, y el marco de referencia heredado del maoísmo no lo permite.

De una contrarrevolución a otra

A diferencia de la burguesía, la burocracia no existe como clase dominante en el momento de la revolución, sino que “se erige” progresivamente en nueva capa dominante en el marco del nuevo Estado. Un aparato burocrático se “cristaliza” en burocracia. Esta burocracia en proceso de constitución codifica sus privilegios, incrementa las desigualdades, refuerza sus posiciones, afirma sus intereses colectivos. Acaba comportándose como una clase dominante (aunque no cuente con un modo de producción propio) y para ello debe acabar con el legado revolucionario. El proceso de burocratización es insidioso, pero en casos como el de la URSS y China viene marcado por reveladoras crisis de régimen. La represión de las Cien Flores introdujo una brecha entre el PCC y los estudiantes e intelectuales progresistas. El fracaso del Gran Salto Adelante provocó la pérdida de confianza entre el partido y sectores enteros del campesinado, al tiempo que puso en tela de juicio la autoridad de Mao, provocando una fractura en el seno de la dirección. La represión masiva durante la Revolución Cultural llevó a la ruptura entre la fracción maoísta y la izquierda radical estudiantil y obrera, que se sintió (con razón) traicionada.

El equipo histórico maoísta se fracturó definitivamente: ocho de los once miembros del Buró Político fueron encarcelados o confinados en campos de reeducación, algunos murieron. Nueve de cada diez responsables de los grandes departamentos del Comité Central fueron depurados. De los 63 miembros del Comité Central en ejercicio, 43 desaparecieron y 9 fueron objeto de críticas severas. Algo parecido ocurrió en los niveles inferiores. Al término de la Revolución Cultural, el PCC estaba en ruinas, y encima volvió a estallar la crisis de dirección (eliminación de Lin Biao). Con la lenta reconstrucción del partido y de la administración, estaban reunidas las condiciones para la culminación de la contrarrevolución burocrática. El orden burocrático estuvo encarnado durante un tiempo por la Banda de los Cuatro, pero la victoria de esta había sido pírrica. Tras la muerte de Mao (1976), las demás fracciones del aparato se tomaron la revancha. Esta vez fueron Jiang Qing y sus compañeros quienes se vieron entre rejas.

Una cosa que no era evidente en la época es que el reinado de la Banda de los Cuatro – después de los traumatismos de la Revolución Cultural – había abonado el terreno político para la contrarrevolución burguesa, hasta tal punto había desacreditado las posturas “izquierdistas” y el discurso “revolucionario”. En un contexto nacional e internacional diferente, las reformas introducidas progresivamente en la década de 1980 por iniciativa de Deng Xiaoping no habrían desembocado necesariamente en la reconstitución del capitalismo chino, pero en el contexto de entonces facilitaron la confluencia de sectores de la burocracia y del capital chino transnacional, afincado en Taiwán, en Norteamérica y otras partes: el PCC favoreció las inversiones de los expatriados y acogió en su seno a grandes capitalistas; recíprocamente, este partido

apareció a los ojos del capital chino transnacional, que ya carecía de raíces en el continente, como el único capaz de mantener el orden social y garantizar la unidad del país (siempre amenazado de fragmentación). Esto facilitó un proceso gradual en que una parte de la burocracia se transformó en burguesía, privatizando primero la propiedad pública de manera ilegal y legalizando después el robo a base de cambiar la ley. La contrarrevolución burguesa se produjo en forma de transición controlada a un sistema semiestatal y semiprivado.

La política de reformas iniciada por Deng Xiaoping allanó el camino a un cambio social a contrapelo, igual de radical que el que había sucedido a la revolución de 1949. El sector público de la economía fue desmantelado parcialmente y privatizado. Nació una nueva clase empresarial; la antigua clase obrera protegida por la ley fue objeto de una especie de jubilación colectiva para dejar sitio, por un lado, a una capa de técnicos y obreros cualificados y, por otro, a un proletariado joven e inestable procedente del éxodo rural, a menudo privado de derechos. Después de beneficiarse durante un tiempo de la descolectivización, el campesinado chino se vio ante la amenaza de los mismos procesos de desposesión que en los demás países del “tercer mundo”. Las desigualdades sociales se han disparado y ha triunfado la cultura del trepa: los pobres vuelven a ser marginados, los ricos reciben todos los honores. El bucle de la contrarrevolución se ha cerrado.

El nacionalismo. La evolución del nacionalismo chino ilustra asimismo las metamorfosis del Partido Comunista. Desde las guerras del opio (1839-1860) hasta la victoria de la revolución en 1949, siempre ha constituido una dimensión fundamental (cultural, política) de la resistencia a las agresiones japonesas y occidentales, del combate antiimperialista, de las aspiraciones a la independencia, incluidas numerosas variantes y combinaciones entre nostalgia del pasado y modernismo, internacionalismo y xenofobia...

En las décadas de 1920 y 1930, el Partido Comunista reconoció en su programa el derecho de autodeterminación de los pueblos integrados en la periferia del Imperio (Tíbet...). El chovinismo de la etnia han se afirmó posteriormente a medida que se reforzó la burocracia en el seno de la República Popular y que las tensiones chino-soviéticas fueron degenerando en un grave conflicto interburocrático. Un “nacionalismo de potencia” (pequeña o grande) es en cierto modo consustancial a la burocracia, pues su marco de existencia es el Estado nacional. El régimen chino actual hace gala de un nacionalismo de gran potencia con sus ambiciones regionales. Este nacionalismo también cumple la función de llenar el vacío ideológico que ha dejado la desacreditación del maoísmo. Puede nutrirse de un profundo sinocentrismo, heredado de una larga historia en que las dinastías reinantes trataban a los países periféricos como Estados vasallos. La cuestión es que China recupere su gloria de antaño.

La burguesía, de un siglo a otro. El siglo pasado, el ascenso de la burguesía había sido frenado por la dictadura del Guomindang, antes de verse frustrado por la revolución. Sin embargo, el capitalismo chino saca provecho hoy del radicalismo de la revolución de 1949. Sin ella, el país habría pasado a depender política y económicamente de Japón o, más probablemente, del imperialismo estadounidense. Sin ella, como ocurre en muchos otros países del “tercer mundo”, el capital tendría muchas dificultades para liberarse de las trabas de las relaciones sociales tradicionales en el mundo rural y del peso de la aristocracia terrateniente.

“Aprender, aprender, siempre aprender”

Concluiremos con esta famosa cita de Lenin. Aprendemos únicamente de la experiencia histórica. Pasando de una sociedad de transición inestable a otra, la China del siglo XX vivió sucesivas crisis y sus estructuras sociales se vieron sacudidas más de una vez con las primeras oleadas de la industrialización, un “desarrollo” muy desigual según las regiones, las tensiones agrarias, las guerras, la revolución y las contrarrevoluciones. Aprender de la experiencia histórica exige evidentemente no aferrarse a los textos, por “sagrados” que sean, ni petrificar el pensamiento de las grandes figuras del movimiento revolucionario, por imponentes que sean. Por ejemplo, no podemos leer los escritos de Lenin de antes de 1914 olvidando que no fue sino hasta después del comienzo de la primera guerra mundial que profundizó o elaboró sus posiciones sobre el Estado, el imperialismo, la dialéctica...

¿Fue Mao un teórico? La cuestión ha suscitado no pocos debates. Cuando se pone a escribir en plan marxista, los resultados son muy poco convincentes, pues están muy marcados por la vulgata estalinista. Sin embargo, me parece difícil ser un gran estratega sin tener un pensamiento profundo y elaborado. Mao piensa, y piensa a largo plazo, pero no “afina” los conceptos del materialismo histórico. Por lo demás, rara vez se desprende de las preocupaciones tácticas del momento. Desde un punto de vista conceptual, los estudios de Mao de los años veinte sobre las clases sociales en China parecen rudimentarios. Sin embargo, supo percibir la dinámica potencial de los conflictos en el seno del mundo rural mejor que los teóricos marxistas chinos de primer plano, cuya visión era todavía muy “urbana”. Este entendimiento de la cuestión campesina fue evidentemente decisivo en el futuro. En cambio, sus escritos sobre la Nueva Democracia presentan de manera muy formalista la sucesión de las etapas que se suponía marcarían el proceso revolucionario después de la conquista del poder. Quien desee aprender de la revolución china hará bien en estudiar el curso real de las luchas de clases después de 1949, más que atenerse a la teoría oficial.

Las crisis hacen aflorar las realidades subyacentes, las contradicciones que operan en una sociedad. La China moderna constituye así un extraordinario laboratorio histórico del que queda mucho por aprender, mucho más de lo que se ha señalado brevemente aquí. ¿Cómo se materializa concretamente una dinámica de revolución permanente? La complejidad de las relaciones entre los partidos y sus bases sociales; los factores que permitieron al PCC durante mucho tiempo funcionar eficazmente (el papel de la experimentación, de las conferencias de cuadros, su compromiso militante...) o favoreció el burocratismo, los privilegios y el culto a la personalidad, etc.

El fracaso final del Gran Salto Adelante no debe hacernos olvidar que la dirección maoísta intentó inicialmente responder a problemas reales; por ejemplo, cómo asegurar el desarrollo de las regiones del interior para evitar un éxodo rural masivo hacia las grandes metrópolis de la costa; o cómo concebir las comunas populares no solo como unidades de producción, sino también como el marco en el que se puedan asegurar los servicios colectivos. Asimismo, a pesar del caos trágico en que acabó, no se puede reducir la Revolución Cultural a simples luchas entre fracciones del aparato o a una manipulación de las masas. La “RevoCul” en la “ChinaPop” no fue una simple escena de teatro engañosa. Si el caos fue tan grande, si las movilizaciones escaparon a todo control, está claro que se manifestaron con fuerza contradicciones sociales realmente

existentes. La historia de los “movimientos revolucionarios” de 1966-1968 sigue mereciendo un estudio.

La manera en que el poder logró salvar las resistencias sociales para quitarse de encima toda la herencia revolucionaria también es muy interesante. Los campesinos, en la época de Mao, no podían desplazarse libremente, pues para trasladarse a la ciudad necesitaban un permiso. De este modo se bloqueaba el éxodo rural, lo cual era precisamente el objetivo de esta política: evitar un gigantesco desplazamiento de la población hacia las regiones costeras y los centros urbanos. Sin embargo, este éxodo rural se produjo posteriormente de todos modos, aunque fuera ilegalmente, formándose una masa de “migrantes del interior”, sin papeles y por tanto sin derechos. Gracias a ella, el régimen pudo expulsar del proceso de producción a la clase obrera de las empresas del Estado, cuya sorda resistencia a las reformas no conseguía quebrar, utilizando para ello, sobre todo en las nuevas zonas industriales, a aquellos migrantes chinos. En Europa se conoce este proceso pilotado de sustitución cuando, en el sector público, los funcionarios son reemplazados gradualmente por otros asalariados de empresas privadas precarizados. Sin embargo, en China, la sustitución afectó a un sector entero de la clase obrera.

La emergencia de China como potencia capitalista debe mucho, efectivamente, al éxito previo de la revolución maoísta: liberación del país de la dominación imperialista, industrialización, creación de conocimientos y tecnologías independientes, educación masiva y modernización de la sociedad... Una vez derrotado el maoísmo, la nueva burguesía china ha tomado el relevo. Después de haberlo maldecido, ahora puede estarle agradecida. Las grandes revoluciones del siglo XX perdieron su dinamismo bajo la presión imperialista, corroídas también desde dentro por el cáncer burocrático. Pero no dejaron de marcar con su impronta el orden mundial. En particular, aflojaron el yugo imperialista y abrieron brechas que aprovechan ahora ciertas burguesías del “tercer mundo”. Sin embargo, la partida no ha terminado. La memoria de las revoluciones de ayer todavía puede contribuir a los levantamientos anticapitalistas de mañana, incluso en el corazón de las potencias emergentes.

6/10/2012

<http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article26577>

Traducción: *VIENTO SUR*